

La cultura digital de los jóvenes

# Del anonimato al show de la intimidad

Por: Ruth Molina Vásquez<sup>1</sup>

Uno de los argumentos esgrimidos por parte de los docentes detractores del uso de las tecnologías de la información y la comunicación en los procesos de enseñanza y aprendizaje en la escuela, era que éstas no permitían realizar procesos de socialización y contacto con otros, lo que se considera una característica primordial de la formación de las nuevas generaciones. En ese momento el uso de computadores no era tan difundido, el acceso a internet era un privilegio y el uso de las tecnologías se orientaba al manejo básico de programas de utilidad general y de unos pocos softwares educativos de corte instruccional. El hipertexto estaba de moda y la “naciente” internet apenas se perfilaba como una posibilidad de consulta en nuestro país.

No pasaba por nuestras mentes de maestros, “recién llegados” al uso de estas tecnologías, que algunos años después esta situación cambiaría tan rápidamente como lo ha hecho, y que ese argumento en torno a la falta de socialización se convertiría precisamente en el “as bajo la manga” que las TIC esgrimen hoy en día para perfilarse como un artefacto cultural que contribuye, paradójicamente, a la construcción social.

No sólo en las instituciones educativas el panorama de acceso a infraestructura y a conectividad ha mejorado sustancialmente en lo referente a la dotación de computadores de escritorio, portátiles e internet —más apoyada por intereses comerciales y políticos que en los resultados de investigaciones pedagógicas e investigativas sobre el impacto en los procesos de aprendizaje—, sino particularmente por el acceso a otros medios de comunicación e información que están al alcance de un mayor número de niños y jóvenes.

Así, hemos encontrado en una muestra de jóvenes de primeros semestres de universidad de estratos 1 y 2 de Bogotá, que el 100% tiene acceso a la televisión y la radio y tienen teléfono celular (el 80% de ellos en servicio prepago); que el 90% tiene acceso a computadores, de los cuales el 80% tiene conexión a Internet; el 60% utiliza correo electrónico; la mitad de ellos chatea al menos tres veces por semana y el 20% tiene una página personal en una red social<sup>2</sup>.

1. Licenciada en Psicología y Pedagogía. Magister en tecnologías de la información aplicadas a la educación. Estudiante de Doctorado Interinstitucional en Educación. Docente de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

2. Indagación realizada con grupos de jóvenes de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, llevada a cabo en el primer semestre de los años 2008 y 2009.



En contraste con la imagen que los adultos tenemos acerca de unos jóvenes “encerrados” en las pantallas del computador, aislados del mundo y huyendo del contacto con otros, lo que sucede actualmente es exactamente lo contrario: nuestros jóvenes utilizan estas tecnologías para comunicarse con su grupo de amigos cercanos y para gestionar nuevas relaciones en el marco de unas concepciones diferentes de territorio, tiempo e identidad.

Así, las fronteras territoriales físicas, como por ejemplo los parques, avenidas, tiendas y otros sitios que tradicionalmente han sido espacios de encuentro, dan paso a espacios sin fronteras, comunes, que ya no son exclusivamente físicos. En muchas ocasiones los territorios por los que acostumbran transitar los jóvenes no tienen lugar ni tiempo: son sitios comunes en el ciberespacio, como por ejemplo portales de Internet, páginas web, blogs personales, sitios de juegos. Nuestros jóvenes han diversificado sus lugares de encuentro: de la cafetería de la esquina pasan al Messenger, del partido de fútbol en el parque de la esquina pasan a World of Warcraft.

De igual manera los lenguajes propios de grupos, clases, etnias y géneros diversos se vuelven universales y empiezan a ser comunes gracias a ese nuevo ciberespacio común. El lenguaje de la barriada, del “combo”, puede empezar a cambiar por el lenguaje técnico propio de las autopistas de la información. Así, toman sentido expresiones como “chatear”, “loguearse” o “bajar” música, por ejemplo. Ni mencionemos las expresiones escritas propias de los chats, que han pasado a configurarse como una jerga ininteligible para quienes estamos fuera del círculo de amigos, y donde se privilegia lo que se quiere decir por encima de la forma de decirlo, es decir el significado sobre la gramática, en especial cuando se sostienen conversaciones diferentes con varios amigos sobre temáticas diversas.



## Nuestros jóvenes utilizan estas tecnologías para comunicarse con su grupo de amigos cercanos y para gestionar nuevas relaciones en el marco de unas concepciones diferentes de territorio, tiempo e identidad.

Observamos cómo el número cada vez más creciente de jóvenes conectados a internet, adoptan un rol que va más allá del de usuarios que consultan información. Se convierten en autores de información mediante la realización de páginas web y el uso de blogs, o la creación, diseño y construcción de herramientas informáticas interactivas. Cada vez es más común que los grupos de jóvenes utilicen listas de discusión o videoconferencias gratuitas para comunicarse con sus amigos, que publiquen su “página personal” o que lo hagan para otras personas.

Respecto a la construcción de identidad de los jóvenes se destacan dos hechos. El primero de ellos se relaciona con el “halo especial” y privilegiado que rodea a quienes desarrollan trabajos en el ambiente de la red, que es comúnmente asociado en nuestro medio con la idea de que son personas inteligentes, algo así como genios solitarios que desde espacios corrientes se conectan con el mundo y lo manejan desde sus computadoras.

El segundo tiene que ver con la posibilidad de adoptar roles y contar historias, que pueden estar en coherencia con la realidad pero que también pueden responder a la invención de jóvenes que están en busca de su identidad. Sin embargo, si en el pasado el anonimato en la red estimulaba la creación de diversas personalidades, lo cual permitía un proceso de construcción de identidad relativamente flexible y seguro, en la actualidad los jóvenes cambian ese anonimato por el “show de la intimidad”.

Hoy en día es común que se publiquen en las redes sociales, como por ejemplo Facebook, no sólo los datos personales y las fotografías propias y de amigos sino que también se publiquen las conversaciones privadas con amigos e, inclusive, los pensamientos más íntimos. La idea ya no

es pasar desapercibido o ser anónimo, sino mostrarse y hacer de la intimidad un show en el que se reafirma la personalidad.

Con el teléfono celular sucede algo similar. Permite mostrar “quien se es” mediante la permanente comunicación con otros. El celular se convierte así en un mediador para estar en constante contacto, para acordar encuentros presenciales, inclusive estando en compañía cara a cara con otras personas, privilegiando en muchas ocasiones la comunicación “virtual” con otros sobre la conversación con la persona que está al frente.

El uso de estas tecnologías permite conformar grupos de jóvenes con necesidades e intereses comunes; permite generar sentido de pertenencia, hacer más intensas las relaciones con quienes ya se conoce y generar nuevas amistades con quienes se tiene una relación emocional intensa y nutrida, aunque no se conozcan personalmente.

Estas tecnologías permiten así la autonomía e independencia de los jóvenes, pues pueden “navegar” y “conversar” libremente por donde quieran, sin restricción y sin la interferencia adulta.

Es innegable que cada nueva generación de jóvenes adopta elementos que los caracterizan, como por ejemplo la música, las formas de vestirse, los productos que consumen. Bien podría decirse que esta nueva generación no sólo tiene unas posibilidades mayores de uso e implementación de la tecnología en sus vidas, pues ha crecido con ella y la ha adoptado como un aspecto natural, sino que tiene una mayor disposición para entenderlas en relación con los hechos sociales y culturales que la han impactado.

Han hecho suya una nueva cultura digital, basada en la imagen en la comunicación desde múltiples direcciones, en la interacción permanente con otros en red, en la creación de nuevos lenguajes que les han permitido ocupar un sitio privilegiado.

El hecho de “saber” más de tecnología que las generaciones anteriores les da la ventaja de participar activamente en los cambios culturales que han ocurrido por cuenta de la tecnología.

Sin embargo, esta participación de las nuevas generaciones en la cibercultura, o cultura del ciberespacio, no es igualitaria para todos ni necesariamente positiva. Encontramos en nuestros jóvenes niveles diferentes de adopción de acuerdo con sus oportunidades de acceso y de uso. De otra parte, las nuevas formas de comunicación que son propiciadas por estas tecnologías chocan con viejos esquemas sociales, culturales y educativos en los que vivimos y que no contemplan espacios de reconocimiento para estas nuevas formas de relación.

¿Cuántas veces los padres hemos intentado controlar la comunicación que nuestros hijos tienen a través del celular? ¿Cuántos maestros reconocemos las nuevas habilidades y conocimientos que tienen nuestros estudiantes, o simplemente los ignoramos porque es más cómodo permanecer en el viejo paradigma?

Éstas son preguntas que nos quedan para la reflexión, pues no es suficiente reconocer la participación de los jóvenes en la conformación de esta cultura digital sino que es preciso hacernos partícipes de este fenómeno no sólo reconociendo este estado de cosas, sino involucrándonos en el proceso. No es suficiente ser observador; es necesario ser partícipe.